

Moral sexual

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Sobre este delicado tema han predominado dos vigencias morales que en realidad son, cada una a su manera, inmorales. Por un lado está el rigorismo, el exceso de severidad y rigidez, la consideración de que todo lo relacionado, incluso levemente, con la sexualidad es una cuestión de materia grave o gravísima. Desde esta vigencia se ha visto muchas veces lo sexual como algo malo, con adherencias maniqueas. Se generalizaba la acusación de enorme inmoralidad ante algunos comportamientos, tomados de manera universal, sin tener en cuenta las circunstancias atenuantes de cada persona o de cada caso. Se trataba de aplicar

abstractamente unas normas omitiendo la consideración de las situaciones individuales o de los casos de conciencia.

Si, por ejemplo, se hablaba del matrimonio, el comportamiento que se exigía a una mujer era de absoluta sumisión y obediencia al marido, hiciera lo que éste hiciera. Debía resignarse a que su esposo fuera un déspota, un tirano o incluso alguien mucho peor. Sencillamente debía *fastidiarse* porque se había casado con él. El año 1583 fray Luis de León expresaba su adherencia a esta vigencia en *La perfecta casada*, libro con pretensiones moralizantes, pero que en muchos aspectos le parece inmoral a Julián Marías.

En sus *Meditaciones del Quijote*, Ortega escribe estas clarividentes frases: “conviene que nos mantengamos en guardia contra la rigidez, librea tradicional de las hipocresías. Es falso, es inhumano, es inmoral, filiar en la rigidez los rasgos fisionómicos de la bondad”. Y Marías, en el *Tratado de lo mejor (la moral y las formas de la vida)*, considera que el excesivo ascetismo “es inmoral”.

La segunda vigencia —superada la anterior y radicalmente opuesta a ella— es la que hoy predomina: describe la sexualidad humana como se hace con la de los animales inferiores. Desde esta interpretación no personal del hombre se presenta crudamente una morfología y todo un repertorio de conductas instintivas. En lugar de considerar al hombre como persona, se lo entiende como cosa. Se trata de la cada vez más difundida interpretación meramente fisiológica, biológica o zoológica de la sexualidad, que queda reducida a algo prosaico e impersonal. Esta vigencia —potenciada por los medios de comunicación— deforma la personalidad en este sentido reduccionista, cosificador de la persona, enormemente empobrecedor.

La manipulación de algunos grupos organizados y muy activos que atacan o ridiculizan el lirismo de una sexualidad personal, que producen un efecto de abrumadora desorientación, tiende a deshumanizar la sociedad actual. En su *Tratado de lo mejor*, Marías escribe que “la visión zoológica del hombre es el riesgo actual mayor de inmoralidad”.

Esa visión zoológica tiene cada vez mayor rigor. Es lo vigente. Como es sabido, la palabra “vigencia” es un término técnico de la sociología de Ortega, que dilató su área semántica (antes se usaba sólo en expresiones del lenguaje jurídico: la ley

vigente, por ejemplo, es la que está en vigor). Como muestra Marías en un extenso capítulo titulado *Las vigencias sociales* de su libro *La estructura social*, “vigencia” es el estado o condición de lo vigente. Lo vigente, *vigens*, es *quod viget*, todo lo que está *bien vivo*, lo que tiene vigor. Vigencia es lo que está en vigor, todo aquello que encuentro en mi contorno social y con lo cual tengo que contar. Y hoy se ha de contar con la vigencia que interpreta la sexualidad con caracteres zoológicos, deshumanizadores, despersonalizadores.

Pero el que eso sea vigente no quiere decir que se tenga que adherir a ello; es posible la discrepancia. Más aún: no discrepar de esa vigencia constituye una inmoralidad. En medio de las presiones sociales o históricas, el hombre, con su conciencia moral, sabe que esos usos establecidos no están bien. Sabe que es valioso un comportamiento que se aparta de esos usos y ve la obligación de comportarse con una conducta que en el momento actual es despreciada. Contar con las vigencias no quiere decir aceptarlas o compartirlas, sino en ocasiones discrepar de ellas. Hay libertad frente a ellas. Es muy cómodo aceptarlas y dejarse llevar. “La dificultad de la resistencia varía con la fuerza o vigor que tienen. En casos extremos, se requiere un gran esfuerzo, tal vez heroísmo”, escribe Marías en el *Tratado de lo mejor*.

El heroísmo en este caso consiste en afirmar con hechos la condición personal del hombre, en tratar a los demás como sujetos, nunca como objetos. En cambio, la inmoralidad, lo cómodo, consiste en “tomar a una persona como cosa, organismo, algo que se pueda usar o poseer para obtener placer o utilidad” (*Tratado de lo mejor*).

Si se considera que la persona es un mero organismo y la sexualidad zoológica, entonces al niño concebido no le puede esperar la

protección, el cuidado maternal y paternal. Ese niño concebido es visto egoístamente como un estorbo, como una cosa —no una persona— que se interpone, que hay que deshacerse de ella. En 1983 Marías publicó en estas páginas un artículo titulado *Una visión antropológica del aborto*, lo más inteligente que se ha escrito sobre este tema. Avisaba sobre el peligro que supone un proceso de despersonalización, de deshumanización. El artículo terminaba con estas palabras : “la aceptación social del aborto es, sin excepción, lo más grave que ha acontecido en este siglo que se va acercando a su final”. En el *Tratado de lo mejor* aborda Marías una vez más esta cuestión. Frente a la bella expresión alemana del embarazo — *llevar a un niño bajo el corazón*—, algunos tienen la idea del niño en gestación como un tumor que se puede extirpar. Tal aceptación social del aborto, que ya es una vigencia, constituye un retroceso a la prehistoria. “Si el niño es un tumor enojoso, ¿por qué no extirparlo?. Si es una persona viniente, que llegará a su plenitud humana si no se la mata en el camino, se trata, no ya de algo inmoral, sino de una monstruosidad”.

Dentro de la vigencia despersonalizadora, el ejercicio de la sexualidad viene separándose del amor. Si no hay amor auténtico entre un varón y una mujer que lo que buscan es satisfacer sus placeres egoístas, ¿cómo van a querer al niño concebido, que es visto como *un tercero en discordia*, algo que viene a incomodarlos, a quitarles gusto, a invitarlos a la generosidad?.

El problema es que muchos entienden por amor lo que no lo es auténticamente. Es visto como un mero *éros* mal entendido, como una relación egoísta que sin respeto busca conseguir el propio placer; la otra persona es un medio para satisfacerlo. Pero en el auténtico amor sexual el *éros* está unido al

agápe, y se busca el bien del otro, el de la persona amada, considerada siempre como fin. Este amor se manifiesta en la donación, en la generosidad, y se abre a respetar, acoger y cuidar su hermoso fruto, ya que no es visto como un tumor extirpable, sino una *criatura amorosa* que necesita de una madre y de un padre.

Se emplean categorías peyorativas para descalificar este amor auténtico y sus frutos. Suele decirse que no es lo progresista, cuando en realidad se trata de lo contrario: lo más progresista, humano y civilizado. La postura opuesta es la regresista, la inhumana, la que parece retroceder a lo salvaje y a las cavernas.

Urge el renacimiento de las Humanidades, de las disciplinas de lo humano, para comprender todo eso y practicarlo. Pero hoy están en regresión; parece preferirse la barbarie.

Se precisa que hoy los jóvenes descubran la hermosura del amor, que abandonen el prosaísmo, que practiquen el lirismo. Pero la inmensa mayoría, viven una vida de completa superficialidad. Si se pararan a pensar, verían que es aburridísimo su horizonte. Un grave fenómeno es la descuidada o nula educación estética que están recibiendo los niños, adolescentes y jóvenes, a quienes se priva del conocimiento y disfrute de la música clásica y del arte en general, y que por eso adquieren una deficientísima formación, que los lleva a una vida pobre, estrecha, limitada, inmoral, demasiado inclinada hacia el pesimismo, al que se quiere vencer con formas artísticas, principalmente musicales, de dudosa belleza, ofrecidas y controladas por potentes redes económicas de propaganda. Lo cual ha supuesto el empobrecimiento, la falta de entusiasmo, el desconocimiento de la urbanidad, el vacío moral de los actuales adolescentes y jóvenes, que un día ojalá pidan

rigurosa cuenta de por qué se les privó disfrutar de tanta belleza artística y de educarse con ella.

Lo vigente hoy es el egoísmo, la superficialidad: mayorías de jóvenes *que van a lo suyo*, que al llegar a casa se cuelgan del teléfono para seguir hablando interminablemente, sobre nimias cuestiones, con aquellos con los que acaban de estar, sin preocuparse de la abultada factura que pagarán sus padres, por quienes no tienen respeto, a quienes —lejos de ayudar— enojan y molestan. Y cuando llega el fin de semana, a éstos les pedirán —les exigirán— un dinero para gastárselo en copas, en discotecas, en modas. Hay padres que no pueden correr con tantos gastos, que deben hacer enormes sacrificios para que sus hijos se *diviertan* con sus *amigos*, para que a sus espaldas, a sus expensas, hagan uso de su egoísmo, den rienda suelta a sus bajas pasiones, intensifiquen su deshumanización, porque es lo que está vigente.

Con ese dinero podría mantenerse una familia entera, durante un mes, en un país subdesarrollado. Ahí, en esa superficialidad, en ese egoísmo, estriba la mayor inmoralidad. Hacen falta héroes que discrepen de esa bárbara vigencia, que se liberen de tal esclavitud y se comporten con dignidad.